

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 122.

Alicante 22 de Marzo de 1873.

Año IV.

EL AYUNO CUADRAGESIMAL.

II.

¿Qué motivos nos inducen á la práctica del ayuno en este tiempo señalado especialmente para tan santo ejercicio? En primer lugar, el deber imprescindible de cumplir un precepto eclesiástico. La Iglesia, queriendo que todos sus hijos se purifiquen de sus manchas y se preparen para celebrar dignamente los sagrados misterios de la pasión y muerte del Redentor del mundo, ha dispuesto sabiamente que se ayune por cuarenta días, á imitación y en memoria de los mismos en que ayunó el Salvador, si bien, teniendo en cuenta nuestra debilidad, no nos exige el mismo rigor con que aquel nos dió el ejemplo. ¿Qué cristiano se creará desligado de este deber? El cristiano vive dentro de la Iglesia, porque de otro modo no lo sería; la Iglesia tiene sobre él autoridad incontestable emanada del mismo Dios: ¿quién se eximirá de estarla sometido en todo? Luego debe cumplir sus preceptos, y como uno de ellos el del ayuno.

En segundo lugar; todos nos re-

conocemos culpables en más ó ménos grado, porque todos hemos traspasado los preceptos divinos. Ningun hombre puede decir que se halla exento de pecado, segun la espresion de San Juan. Luego todos tenemos necesidad de hacer penitencia para espisar nuestras culpas, y abrirnos el solo camino que nos lleve á la *tierra prometida*. El ayuno es uno de los actos que llenan mas las condiciones de la verdadera penitencia, porque con ser privación, ataca uno de los vicios capitales en que hay mas esposicion de caer, y cohibe el arranque y vuelo á otras pasiones no menos perjudiciales: luego el cristiano debe practicar el ayuno como medio mas adecuado de penitencia, tanto mas, cuanto que está particularmente recomendado en el Evangelio.

El Salvador de los hombres, que queria darles en su divina persona el ejemplo de su celestial doctrina, practicó por sí mismo la oración y el ayuno. Si le seguimos en la oración, ¿por qué no hemos de seguirle en la abstinencia? Y si la perfeccion en el Cristianismo consiste en la imitación de Jesucristo, ¿qué razon se alegará para separar de los debe-

res del cristiano este acto sencillo de abnegacion y reconocimiento de su debilidad y de su miseria, cuando lo practicó antes el mismo Hijo de Dios?

Los primitivos cristianos, cuyas costumbres y fervor tantas veces se nos recuerda; aquellos hijos de la Cruz que siguieron mas de cerca á su Divino Maestro por la senda de las lágrimas, del dolor y de la persecucion, y que son bien dignos de servir de modelo á los cristianos de los siglos posteriores, miraban el ayuno como á una de las prácticas mas íntimamente enlazadas con la Religion. Le hacian por deber y por voluntad, no comiendo mas que una sola vez al dia, y acompañando su abstinencia con actos de humildad y de compuncion, y con oraciones mas férvidas y mas frecuentes.

Y prescindiendo de que es innegable que el ayuno es un deber para todo cristiano, como al principio se ha dicho, cuando no se lo dispensa la indigencia, la fatiga ó la enfermedad, porque la Religion jamás lucha contra la naturaleza; veamos si la filosofía humana puede encontrar en la práctica del ayuno de qué avergonzarse ante la razon.

La frugalidad fué una virtud muy recomendada por los antiguos filósofos, y algunas de sus escuelas llegaron hasta practicar la abstinencia de ciertas viandas, tal vez para ostentarse superiores al comun de los hombres, cuyo vicio ordina-

rio suele ser la destemplanza y la sensualidad. Creyeron, no sin alguna razon, que la parsimonia en los alimentos acercaba á la sabiduría, ora porque conservase mas despejado el entendimiento sin la crasitud de humores que produce una abundante comida, ora porque supusiese un noble dominio sobre el apetito que tiende á dejar satisfechos todos los placeres materiales. Verdad es que muchas veces llevaron esta abstinencia hasta un extremo ridículo, y que en muchos de ellos provenia mas bien de orgullo que de amor á la humildad. Sin embargo, no puede negarse en algunos haber defendido con vigor y practicado con ahinco una templanza cristiana, por la sola inspiracion de una razon ilustrada.

Si oimos á Séneca, nos parecerá el panegirista de la frugalidad. «Debemos conservar el cuerpo, dice en sus cartas, por necesidad, pero no engordarlo. Sin cesar nos está sugiriendo satisfacciones voluptuosas, momentáneas, de las que despues hemos de arrepentirnos, si no le templamos con la moderacion. No he nacido, decia en otra parte, para ser un esclavo de mi cuerpo; mas bien le considero como una cárcel, un peso que me oprime, una penosa sujecion. No des mas al cuerpo de lo que necesita, trátale con alguna dureza, no sea que se vuelva contra el espíritu.»

Ciceron, uno de los hombres mas sensatos que ha tenido el mundo, y el talento que se acercó mas á la

filosofía cristiana, manifestó en su doctrina y en su conducta, en medio de un siglo también voluptuoso, el aprecio que hacía de la frugalidad. «Al cuerpo debe tratarse de manera que pueda obedecer á la razón y tolerar las fatigas,» decía en su libro de los oficios. «Si es divino el origen de nuestra alma, exclamaba Quintiliano, debemos hacerla servir para la virtud, no para los placeres del cuerpo.»

«La frugalidad es la madre de la salud, añade el orador filósofo; la continencia en la comida y en los deleites es el gran secreto de la ciencia de la salud.» Valerio Máximo atribuía á la vida frugal la robustez de los primitivos romanos, cuya decadencia atribuye Macrobio á la corrupción de costumbres, inseparable compañera de la incontinencia en los manjares.

¿Qué es, pues, el ayuno? Una práctica sencilla de frugalidad, un ejercicio del dominio del alma sobre el cuerpo, un sensato menosprecio de los placeres materiales, una mortificación. Cuando se dijera á algún filósofo de la antigüedad, á uno de aquellos hombres que admiraban las virtudes de continencia en medio de la corrupción universal, que los cristianos han conservado en el mundo por espacio de más de diez y ocho siglos una práctica que, mirada aun sin respeto alguno con el Criador, supone una de las virtudes que más honor han

hecho á la naturaleza humana, cual es la templanza; práctica guardada indistintamente por mujeres débiles, por hombres robustos, en la soledad y en el bullicio del mundo, y cuya renovación les recuerda la memoria del hombre más virtuoso, más justo y más bienhechor que ha existido sobre la tierra, y á quien ellos adoran y reconocen por su criador, redentor y conservador, ¿se creería que este filósofo tuviese por miserables fanáticos á los discípulos de esta escuela sublime?

Aun prescindiendo por un momento del espíritu de penitencia con que la Iglesia manda celebrar á los cristianos esta época de expiación, según las terminantes palabras del mismo Jesucristo, *haced penitencia*; unos días consagrados á reconcentrarse cada uno en sí mismo, á reconocer las dolencias del alma, humillarse ante la Divinidad, reconciliarse con el hermano aborrecido, restituir lo usurpado y practicar en el grado más perfecto que permite la flaqueza humana todas las virtudes religiosas y sociales; unos días destinados á volver al hombre extraviado á la senda del deber, á destruir los odios y resentimientos que dividen los hombres y las familias, en que se les presenta la imagen ensangrentada de su Redentor clamando amor, paz y misericordia... nada dirán tal vez al indiferente, frío y árido filosofismo; pero arrancarán, á no dudarlo, lágrimas dulces de consuelo y de esperanza al hijo de la Religión,

toda consuelo y toda esperanza, y al hombre despreocupado, al fijarse en el verdadero objeto que se propone la Iglesia en este tiempo de reparacion y de salud.

A llenar cumplidamente este santo objeto y hacer que el ayuno sea bajo todos conceptos fructuoso, haciéndonos saborear los verdaderos frutos de provecho y salud para los cristianos que debidamente lo practican, irán encaminadas, con la ayuda de Dios, nuestras observaciones en el siguiente artículo.



El nunca bastante ponderable Factor de órganos Don Aquilino Amezna está dando fin al desmonte y composicion del órgano de la Iglesia de Aspe. Es una gran obra como todas las que tiene hechas por este pais.

El dia 31 del presente mes de Marzo dará por concluida esta obra, la que será examinada por el Beneficiado Sr. D. José Ramon, presbitero, primer organista de la Santa Iglesia Catedral de la Ciudad de Orihuela.

Los aficionados á la música religiosa tendrán un gran placer en oír las voces dulces y espresivas de este instrumento, especialmente del registro llamado *voces humanas*.

Un colega de Madrid dice que se calcula que existen en Paris mas

de ochocientos *sonámbulos*, explotando grandemente la credulidad pública. El prefecto de policía ha dispuesto que se persiga sin descanso esta clase de industria y se ponga á buen recaudo á los autores de ella, quienes, segun parece, no han tenido la doble vista necesaria para prever y burlar la persecucion que se les iba á hacer.

Á MARÍA SANTÍSIMA

EN SU ANUNCIACION.

AVE MARIS STELLA.

PARÁFRASIS.

Dios te salve, polar Astro,
Guia del nauta:
Dulce Madre de Dios mismo,
Virgen sin mancha:
¡Feliz puerta de los cielos,
Nunca cerrada!
Por aquel *ave* elocuente
Con que te aclama
El feliz nuncio del Padre
En su embajada,
Ave en que las letras de *Eva*
Se tornan faustas,
Pedimos que en paz afirmes
Hoy nuestras almas.
Por tu amor, pues presos vesnos,
Hoy nos desata;
Con tu luz, pues ciegos somos,
Hoy nos aclara.
Tus ruegos del mal nos libren
Y el bien nos traigan.
Muéstratenos tierna Madre
Y nos abraza,

Y al Hijo tuyo presenta.
Nuestras plegarias:
Al Hijo que por nosotros
En tí se humana,
Y á tí mujer, Dios él mismo,
Madre te llama.
¡Oh Virgen, que en la pureza
Ninguna iguala!
¡Oh Madre, que toda madre
Mas dulce y blanda!
Deslíganos de la culpa,
Y nos alcanza
El dote de la fragante
Castidad santa.
Danos seguir inocentes
Las sendas árduas,
Que llevan á las divinas
Puras moradas,
Donde á tu Jesus veamos,
Y por tu gracia
Le gocemos para siempre
En tu compañía.

Al Eterno agrade el canto
Que eterno aplauda
De su Trinidad eterna
La eterna gracia.

J. Virués.

CARTA PASTORAL

Que el Excmo. é Ilmo. señor Dr. don Pedro María Cubero Lopez de Padilla, obispo de Orihuela, dirige á sus muy amados Diocesanos con motivo de la santa cuaresma.

A nuestro venerable Dean y cabildo catedral, muy ilustre Abad y cabildo colegial, ilustrado y virtuoso clero, religiosas y fieles todos de nuestra muy amada diócesis, salud, paz y bendicion en Ntro. Señor Jesucristo.

Venerables hermanos é hijos nuestros.—Otra vez mas, con motivo de la

Santa Cuaresma en que nos hallamos, nos cabe la dulce satisfaccion de dirigirnos nuestra palabra paternal, siempre llena de cariño hácia vosotros, siempre inspirada en el mas vivo interés por la salvacion de vuestras almas. Y si es verdad, como lo es, que en todos los tiempos del año, á ejemplo del grande Apóstol de las gentes, *nuestra boca está abierta para vosotros* (1) pidiendo sin cesar al cielo que os colme de beneficios, y dispuesta á prodigaros palabras de doctrina y de consuelo siempre que la ocasion se ofrece, ó la necesidad lo exige, ó la conveniencia lo reclama, y *nuestro corazon se dilata* en fuerza del entrañable amor que os profesamos y del placer que nos causa ocuparnos de vuestra salud y aprovechamiento espiritual; no puede haber duda alguna en que la santidad del tiempo de Cuaresma y los inmensos bienes que durante el mismo, si sabemos utilizarlo, podemos recibir de la mano generosa de nuestro Dios, han de excitar poderosamente nuestro celo pastoral, y obligarnos á redoblar nuestro esmero en procuraros el saludable pasto con que debe nutrirse vuestro espíritu, y alejaros de todos los que en cualquier sentido pudieran perjudicaros.

Así es en efecto, y por eso, inspirándonos en las prácticas y enseñanzas de la Santa Iglesia, cuyo ministro somos, prácticas y enseñanzas que tienen su origen en los sagrados libros, empezamos por llamar vuestra atencion sobre el tiempo en que nos hallamos y deciros con San Pablo: *He aquí ahora el tiempo favorable, hé aquí ahora el dia de la salud. No recibais la gracia de Dios en vano.* (2) Ah, no, no malogreis

(1) 11 Cor. VI, 11.

(2) ib 2.

ocasion tan oportuna; no perdais un tiempo tan precioso.

Y con razon, amados hermanos é hijos nuestros, repetimos aquí esas palabras apostólicas; porque desgarrado nuestro corazon á vista de lo que pasa entre los cristianos, y considerando que tambien varias ovejas del pequeño rebaño que el Supremo Pastor se ha dignado confiarnos participan de esos males que tan honda pena nos producen, solo en la observancia de ese aviso de S. Pablo, solo en el aprovechamiento de estos dias de salud, solo en el aprecio de este nuevo beneficio, que nos otorga la mano bondadosa del Señor, podemos hallar consuelo y lenitivo.

No hablamos sin fundamento, queridos nuestros, no son ilusorias apariencias las que tienen nuestra alma sumida en la amargura; son por desgracia tristes y funestas realidades que de continuo trabajan nuestra mente y oprimen nuestro corazon con su peso abrumador.

Basta dirigir rápidamente la vista sobre lo que tiene lugar hoy en el mundo para convencerse de sí es ó no fundado cuanto acabamos de decir. Qué confusion de ideas! qué divergencia de opiniones! qué diversidad de pareceres! qué aberraciones! qué extravíos de la inteligencia en materias religiosas! No parece sino que hoy, que tan alto se proclama la soberanía de la razon humana, se hace todo lo posible por abatirla, envilecerla y esclavizarla, dejándola expuesta á todo viento de doctrina, que llevándola de error en error la obligue á dar testimonios prácticos de su propia impotencia, cuando no está dirigida por otra razon superior á la que debe siempre subordinarse.

Y si de aquí nos trasladamos á lo que es consecuencia natural de esta aberracion de ideas, á las costumbres que son

un vivo reflejo de aquellas, echaremos de ver el mismo extravío, la misma confusion, corrupcion y envilecimiento. No encontraremos mas que las ambiciones del orgullo, los cálculos inicuos de la avaricia, las repugnantes manifestaciones de la sensualidad. Hallaremos innumerables católicos que apenas tienen idea del principio de autoridad que es la base del catolicismo, y á muchos cristianos que apenas saben quién es Cristo ni se cuidan gran cosa de conocerle; cristianos católicos, que así se llaman, y se ofenden si se les disputa ese título glorioso; pero que, si bien al nacer fueron marcados con insignia de discípulos y servidores de Cristo, luego al dar ese paso tan trascendental de la vida humana que fija para siempre el estado de la persona, rehusan la intervencion legítima y necesaria y las bendiciones de la Iglesia que llevan á los esposos cristianos la gracia, la paz y la ventura, y se contentan con otra clase de uniones en desprecio del Sacramento del Matrimonio, que es uno de los siete instituidos por Jesucristo, á quien ellos aseguran que adoran y obedecen.

Y no es solo el Sacramento del Matrimonio el que se mira con desprecio entre los mismos cristianos; son casi todos los demás, especialmente los de Penitencia y Comunión. De aquí el que ni aun en tiempo de Cuaresma se lleguen al confesonario, ni aun con motivo de la Pascua de Resurreccion se acerquen á la Sagrada mesa Eucarística; de lo cual buen testimonio dan los padrones parroquiales, cuya inspeccion hace derramar amargas lágrimas por los muchos vacios que allí se notan, principalmente de hombres, que no parece sino que se crean desobligados de cumplir este precepto: tal es el número de los que faltan á él. Como si los hombres no tuvieran

culpas que lavar, enemigos espirituales que vencer, dificultades que superar, tesoros de méritos que adquirir, pérdidas que reparar, ni gracia que obtener, ni vida eterna que alcanzar; ó como si no creyeran que para todo esto ha instituido nuestro divino Redentor tan adorables Sacramentos! Ahora bien; los que tñ poco se cuidan de santificar sus almas acudiendo á estas fuentes de vida y de salud, natural es que no sean mas solícitos en que sus cuerpos reciban las bendiciones de la Iglesia y sean tratados con aquellas consideraciones religiosas que se les deben, como á templos que un dia fueron del Espíritu Santo y socios de un alma signada con el sello de Jesucristo.

Por eso, aunque nos llena de amargura, no nos extraña ver á muchos cristianos conducir á la última morada los restos mortales de las personas mas queridas de su corazon sin aparato ni ceremonia alguna religiosa, desdeñándose, al despedirlos del mundo, de conducirlos al templo donde á su entrada en el mundo fueron ungidos y consagrados á Dios, y de inscribir los nombres de los finados en los registros eclesiásticos, donde figuran los de todos sus hermanos en la fé que en dias de mas piedad pasaron á mejor vida.

Y los que todo esto hacen siguen llamándose católicos, y quieren y tienen grande empeño en que se les tenga por tales. ¡Oh catolicismo de nueva creacion! catolicismo sin fé, catolicismo sin obras de piedad, sin Sacramentos, sin sepultura eclesiástica, sin afecto á los ministros del Señor, sin respeto y obediencia á la autoridad de la Iglesia! Hed aquí, A. H. é hijos nuestros, el catolicismo de muchos en los tiempos presentes, catolicismo falso, que nos dá mas pena y nos hace verter mas lágrimas

que la incredulidad desenmascarada y manifiesta!

Por todo esto, queridos nuestros, por todos estos males que no hacemos más que indicar ligeramente, hemos querido comenzar esta Pastoral exhortacion con aquellas palabras de S. Pablo: *Hé aquí ahora el tiempo favorable, hé aquí ahora el dia de salud. No recibais la gracia de Dios en vano.* Preciso es, pues, que recordando aquella otra sentencia del mismo Apóstol: *Mientras tenemos tiempo obremos el bien,* (1) y la del Evangelio: *Vendrá la noche, esto es la muerte, en la que nadie podrá obrar,* (2) no malogreis estos preciosos dias que Dios en sus misericordia nos concede. Si hasta aquí fuisteis soberbios, sed desde ahora humildes; si avaros, injustos, detentores de lo ageno y opresores de vuestro prógimo, sed en adelante generosa y prudentemente desprendidos, amantes de la justicia y protectores del pobre y desvalido: si fuisteis víctima del sensualismo, que tanto envilece al hombre, y apasionados por regalos y comodidades del cuerpo, sea de hoy mas la castidad vuestro tesoro maspreciado, y tened la mortificacion en grande estima. Si resfriada, en fin, vuestra fé, os habeis perdido en los laberintos de la duda ó habeis avanzado por el camino de la incredulidad, retroceded espantados á vista del abismo que tienen por término esas sendas tortuosas y abrid de nuevo los ojos á la luz esplendorosa de la verdad católica, sujetándoos sumisa y dócilmente á la Autoridad legítima de la Iglesia que os la enseña.

De este modo es como, si se os pueden

(1) Galat. VI, 10.

(2) Joan. IX, 4.

aplicar aquellas palabras de S. Pablo á los Efesios: *En otro tiempo erais tinieblas*, habrá que añadir las otras con que prosigue el mismo Apóstol: *mas ahora sois luz en el Señor.* (1)

¡Feliz trasformacion, dichoso tránsito, de las tinieblas á la luz, de la lobreguez de la culpa, con la que os identificabais antes, á los resplandores de la gracia que os dará un nuevo ser convirtiéndoos en hijos de la luz!

Pero si esa venturosa trasformacion llega á operarse en vosotros, cuidad mucho de practicar lo que continúa diciendo el mismo S. Pablo: *Andad como hijos de luz; pues el fruto de la luz consiste en toda bondad, y en justicia, y en verdad, aprobando lo que es agradable á Dios: y no comuniquéis con las obras infructuosas de las tinieblas; mas al contrario condenadlas.* (2)

Bien claras y terminantes son estas palabras; en ellas se os traza la línea de conducta que debeis seguir despues de vuestra conversion. Sereis luz, sereis hijos de la luz, como hijos del Padre celestial; pues caminad como luz, como hijos de la luz, sin mezclaros ya mas con las tinieblas con las que no puede hallarse junta, segun enseña en otro lugar el Apóstol de las gentes: (3) no transijais por consiguiente nunca con la maldad, con la injusticia ni con el error, porque de otro modo ya dejareis de ser luz é hijos de la luz, *cuyo fruto consiste en toda bondad, y en justicia, y en verdad*: no contemporeis con los vicios ó aberraciones de los que quieren seguir el camino de perdicion, porque,

(1) Eph. V. 8.

(2) Eph. V. 8. 9. 10. 11.

(3) II. Cor. VI. 41.

segun el aviso apostólico que os hemos transcrito, no habeis de comunicar con las obras infructuosas de las tinieblas, sino por el contrario condenarlas. Lo cual no quiere decir que hayais de odiar á los infelices que las cometen; antes bien debeis amarles entrañablemente, y pedir á Dios su conversion, y estar dispuestos á hacerles todo el bien posible, teniendo presente lo que poco antes de las palabras citadas dice S. Pablo. *Sed imitadores de Dios como hijos muy amados: y andad en caridad asi como Cristo tambien nos amó, y se entregó á sí mismo por nosotros, ofrenda y hostia á Dios su Padre.* (1)

Dos razones poderosas, Q. N. que os deben estimular al cumplimiento de esa ley de amor á nuestros prógimos; primera, porque como hijos muy amados del Padre celestial debeis ser sus perfectos imitadores, y por lo tanto, asi como segun el Evangelio el Padre celestial *hace salir el sol sobre los buenos y los malos, y envia la lluvia sobre justos y pecadores,* (2) de un modo semejante el sol de vuestra caridad debe brillar sobre todos vuestros hermanos, buenos y malos, amigos y enemigos, iluminando con su luz á los errantes y extraviados y vivificando con su calor hasta los mas frios é indiferentes para vosotros; y lo que de aquí se sigue, derramando cual copiosa lluvia vuestros favores y beneficios sobre todos, siempre que de ellos necesiten. Segunda, porque Cristo nos amó y se entregó á sí mismo por nosotros ofrenda y hostia á Dios su Padre; y siendo él nuestra cabeza, nuestro Maestro, Legislador y modelo, debemos marchar unidos con él y seguir

(1) Eph. V. 1.

(2) Math. V. 45.

sus enseñanzas, y obedecer sus preceptos, y copiar en nosotros sus virtudes y perfecciones: y como quiera que la influencia de esa sagrada cabeza sobre sus miembros es influencia de amor y de amor es la doctrina de ese Divino Maestro, de amor también por último el gran precepto de ese sabio legislador; pero de amor puro, de amor santo, de amor eficaz y fecundísimo en bienes para los hombres, como lo demostró con su propio ejemplo; el amor á esos mismos hombres, que son nuestros prógimos, que son nuestros hermanos, debe ser nuestra divisa, debe ser nuestro distintivo, como nos lo declaró el mismo Salvador diciendo: *En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis caridad entre vosotros.* (1)

Para obtener este amor, prenda segura de paz y de ventura, de las que hoy tanto necesita el mundo, es para lo que Nos os venimos exhortando á que aprovecheis este tiempo favorable de la Sta. Cuaresma, estos días de salud en que tan fácilmente pueden conseguirla vuestras almas, no malogrando una ocasión tan propicia, en que la bondad de nuestro Dios os brinda con tantos medios y auxilios para ello.

Mortificaciones, ayunos, oraciones y gemidos de la Iglesia, ejercicios espirituales, Sacramentos, todo se junta y multiplica para salvaros, para que se difunda en vuestros corazones la caridad que os abraze y os consuma en el amor de Dios y de los hombres por Dios; pero sobre todo el Sacramento de amor, que es el término á que se refieren todas estas preparaciones, todas estas prácticas piadosas; la sagrada Comunión, que recibida dignamente ha de

obrar en vosotros esa dichosísima unión con Cristo y esa feliz armonía y buena inteligencia con vuestros prógimos.

Por eso, si os exhortamos con todo el celo de nuestro Pastoral ministerio á que utiliceis todos esos medios de salvación que dejamos indicados, ponemos todo nuestro empeño y os llamamos particularmente, y con el afecto de un padre que desea vuestro verdadero bien, á la digna y fructuosa participación de la Sagrada Eucaristía, en la seguridad de que, si lo practicais todos, no solo alcanzareis abundantes é inefables bienes para vuestras propias personas, sino también copiosas bendiciones para vuestras familias y para la sociedad en que vivimos.

A conseguir esos bienes y obtener esas bendiciones debemos todos y cada uno contribuir en cuanto esté de nuestra parte; y por eso, dirigiéndonos ahora en especial á vosotras, religiosas en clausura, castas y amantes esposas de Jesucristo, que en la soledad del claustro teneis por constante ocupación el trato y comunicación íntima con este divino Señor; no podemos menos de recomendaros con toda eficacia la oración humilde y fervorosa al cielo en demanda de perdón para tantos infelices extraviados, de luces para tantos como caminan en tinieblas, y de remedio para tantos males como afligen á la Iglesia y trabajan al mundo incesantemente. ¡Oh amadas hijas nuestras! Días son estos en que, con vuestras virtudes, con vuestras penitencias y con las fervientes súplicas de vuestros corazones unidos con los mas estrechos vínculos, como hermanas que sois y miembros de una misma familia, en la que por lo tanto debeis vivir cual si todas no tuvierais mas que un solo corazón y un alma sola; hagais dulce violencia al corazón de

(1) Joan. XIII. 35.

vuestro Esposo moviéndole á piedad y misericordia.

Pero si esto encargamos con tanta especialidad á las religiosas, mayor es todavía nuestro celo por vosotros, venerables Sacerdotes, cooperadores nuestros en el ministerio santo; como que vosotros sois los principalmente llamados á interceder por el pueblo, á llorar entre el vestíbulo y el altar pidiendo perdón y misericordia para el pueblo, y á los que corresponde ir delante de los fieles con la doctrina y el ejemplo.

Rogad, pues, al Señor en público y en secreto; instadle con oraciones y lágrimas para que mire clemente y benigno á este su pueblo: levantad como Moisés al cielo vuestras manos, esas manos que todos los días sirven de trono á la Hostia de propiciación que continuamente se inmola por nosotros. Mas para que vuestras oraciones sean oídas, procurad que partan de corazones limpios y lleven consigo como el incienso el aroma de la virtud, y que vuestras manos sean puras siendo santas vuestras obras. Mostraos á este fin, como decía San Pablo á su discípulo Tito, cual modelos de buenas obras, para que nuestros adversarios nada malo tengan que decir de nosotros con apariencias siquiera de fundamento. (1) Id siempre delante del pueblo en toda obra buena, en toda práctica piadosa: y ahora que por lo especial del tiempo en que nos hallamos deben aquellas frecuentarse mas, procuradlo vosotros con todo esmero atendiendo á la enseñanza del Catecismo de la Doctrina Cristiana, fomentando la devota concurrencia á los sermones y á los santos ejercicios que con inefable satisfacción nuestra se practican todas las no-

(1) Tit. II. 7. 8.

ches de Cuaresma en las Parroquias todas de nuestras Diócesis, siendo asiduos y constantes en la administración de los Sacramentos; y en fin, haciendo todo aquello que vuestro prudente celo os inspire para convertir á los pecadores, traer al verdadero redil á las ovejas extraviadas y confirmar ó asegurar mas en la gracia santificante á los justos.

Quiera el Señor darnos el consuelo de que veamos realizados estos que son nuestros ardientes votos; y para eso dignese bendecir vuestras apostólicas tareas é inspirar á todos vivos y eficaces deseos de su propia santificación.

Así lo pedimos humildemente á su Divina Majestad; y á fin de contribuir en todo cuanto está de nuestra parte al logro de tan sagrado objeto, os enviamos á todos, amados Diocesanos nuestros, nuestra pastoral bendición que de lo íntimo de nuestro corazón os damos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

Dada en nuestro Palacio Episcopal de Orihuela, firmada de nuestra mano, sellada con el de nuestras armas y refrendada por el infrascrito nuestro Secretario de Cámara á 26 de Febrero de 1873.—*Pedro María, Obispo de Orihuela.*—Por mand. de S. E. I. el Obispo mi Sr., *Dr. Indalecio Ferrando, Canónigo Magl. Srio.*

VARIETADES.

EN LA MUERTE DE UN AMIGO.

Dadme de nuevo la enlutada lira;
Su lúgubre sonido
Al canto se una que la muerte inspira;

Que ya otra vez mi corazon herido
Amarga pena siente,
Y como sombras funerarias tornan
Las nubes del dolor sobre mi frente.

—
¡Oh! cual son breves del placer los dias!
De amor soñando y de ventura un cielo,
Ayer ante mis ojos sonreias,
Y hoy... ¡en el alma el duelo!

Mudo contemplo tus cenizas frias!!
¡Que implacable la parca tiende el vuelo!
¡Nada es su furia á detener bastante!!
Que igual derriba á su poder vencidos
La débil planta y álamo gigante!
Y el misero y el rey, el sabio, el fuerte,
Por ella confundidos,
Son cual restos de naves esparcidos
En las calladas playas de la muerte.

—
Mas no lloreis vosotros cuyo encanto
Y dicha era en el mundo;
Guardad, guardad el llanto
Para el que triste cruza de la vida.
El páramo infecundo!

¡Para él que lleva su doliente herida
En el pecho escondida!

Que en vano el mundo entre ilusiones
(mece
Y con la copa del placer convida...!

La dorada ilusion se desvanece
Como niebla fugaz, y en esa copa
La hiel amarga del dolor se esconde!

¡El es feliz en la region serena,
De paz y de amor llena!

Nosotros, que arrasiramos
De esclavos la cadena,

¡Dónde la dicha encontraremos? ¡Dónde?

—
¡Por qué suspirar, pues, si el ha cru-
(zado

Del mundo ya por los revueltos mares,
Sin que á sus ojos llanto haya brotado

Y sin que amargos hayan los pesares
Su corazon tranquilo destrozado!

¡Sí, mil veces feliz! Allá do mora

Jamás el sol de la verdad se oculta,
Eterno el árbol de la dicha crece;
Y esa que el sueño de las almas dora,
Dulcísima esperanza,
Vago deseo, aspiracion sin nombre,
Inmenso afan del corazon del hombre...
Allí tan solo á realizarse alcanza!
Que no es la muerte ya fantasma horrible
Que aterrador se ostenta,
La nada oculta tras sus negras galas;
Es Angel del Señor que nos alienta,
Y que al tender su vuelo
A el alma lleva entre sus blancas alas
Y allá la deja en la region del cielo!

—
¡Y el está allí! que en su postrer instante
Alzar le visteis la serena frente

Con esa fé constante
Que el alma solo de los justos siente.

—
"¿Por qué de todos, dijo, en el semblante
Contemplo la agonía,

Cuando feliz ante mis ojos miro
El puro resplandor de un nuevo dia

Y el suave aroma celestial aspiro?
Si es vanidad el mundo....

Si lo abandono al fin ¿por qué ese llanto
Y ese dolor profundo?!

Calme, padre querido, tu quebranto;
Calme vuestro dolor, dulces amigos,

De mi esperanza y de mi afan testigos;
Que apenas ya mi corazon alienta,

Cual sombra todo en mi redor vacila,
Y ante mis ojos solo se presenta

La eternidad tranquila!

—
Cese, pues, el llorar, que el Peregrino
Dejó en la tierra los mortales velos,

Y en alas de su fé y amor divino,
Cual premio á su virtud, subió á los cielos

—
Miguel Amat y Maestre.

Valencia 1859.

NOTICIAS.

Roma 8 Marzo.—Ha tenido lugar la audiencia concedida por Su Santidad á los representantes de las sociedades católicas de ambos mundos, en número de 30 por Austria, 18 por Bélgica, 23 por Francia, 14 por Alemania, 17 por Inglaterra con Irlanda, 38 por Italia, cinco por España, 5 por los Estados-Unidos y 3 por Suiza. Fué el acto de los más solennes que he presenciado en el Vaticano, como el discurso de Su Santidad el de los más importantes que de sus augustos lábios he oído. Varios Cardenales, Obispos y Prelados rodeaban á Pio IX, y como corona aparecía aquel apiñado grupo de católicos que en nombre del mundo venían á protestar contra la bárbara medida contra las propiedades y casas religiosas que en breve será un hecho, si Dios no se digna obrar un gran milagro, que no merecemos. Pasmó á la multitud el estado físico del Pontífice, y todos exclamaban: «Es un milagro patente.» Terminado el discurso, y colocados los representantes en torno del Pontífice, fué cada uno recibiendo de su augusta mano una gran medalla con su retrato, conmemorativa del Concilio Vaticano, á cuyo grato don añadía palabras de cariño. Llegado á los españoles, preguntó con marcadísimo interés por el estado de la Península, y á la respuesta de que al fin la Providencia parece dispuesta á coronar los esfuerzos de los católicos, exclamó: «Dios lo haga así, y bendigo á España.» Después se dignó invitar á los representantes á que le acompañaran en su paseo ordinario por los jardines, que recorrió en paternal conversacion con todos, y llevando su bondad hasta el punto de ordenar que se cubrieran todos. Las democracias y aristocracias de la tierra hubieran aprendido allí como se conciliaba el amor del padre con el respecto del Rey-Pontífice.

Finalmente, después de interesante conversacion en la Biblioteca, accedió á dar la Sagrada Comunión en la Capilla Paulina á todos los representantes, mañana á las siete y media, en misa celebrada al efecto. Cual suele en ocasion de

tales audiencias, la prensa, á su frente *La opinion* de Lanza, sale hoy con que esto es una nueva prueba de la libertad de que gozan el Pontífice y los fieles, y de lo bien que marchan los asuntos de la Iglesia á la sombra del Gobierno piemontés: y eso, dicho en los momentos en que ese Gobierno prerara contra la Esposa del Cordero una brecha mayor que la de Puerta Pia.

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial á las nueve y media misa conventual con sermon que predicará el Dr. D. Casiano Quilez, canónigo magistral. Por la tarde el ejercicio del Domingo anterior con plática doctrinal que dirá el licenciado D. Francisco Penalva, Abad, y sermon moral que pronunciará D. Florentino Zarandona, canónigo. En Santa María á las nueve misa mayor con sermon que predicará D. Antonio Llofriu, sacristan mayor de la misma. En la Virgen de Gracia por la tarde á las cinco meditacion y sermon que dirá don Francisco J. Guimbeu, vicario de la misma. En las Agustinas continúa por la tarde el novenario de S. José á las cuatro menos cuarto.

Martes.—La Anunciacion de Nuestra Señora y Encarnacion del Hijo de Dios. En la Colegial á las nueve y media misa y sermon que dirá D. Vicente Morell, teniente cura de la misma. En las demás Iglesias los oficios de costumbre. En las Agustinas por la tarde á las cuatro menos cuarto sermon que predicará D. José Baeza, beneficiado de la Colegial, novena, reserva y gozos.

Jueves.—En las Capuchinas por la mañana á las siete menos cuarto misa de renovacion. Por la tarde á las cuatro meditacion, sermon que predicará D. José Carratalá, teniente cura de la Colegial, trisagio y reserva.

Viernes.—En Santa María por la tarde á las cinco meditacion y sermon que dirá el referido D. F. J. Guimbeu.

Sábado.—En la Colegial misa de renovacion á las ocho. Por la tarde á las seis Rosario, sermon que predicará el licenciado don José Sanchiz, canónigo doctoral, y septenario de los Dolores de la Virgen. En las Capuchinas y la Virgen de Gracia dá principio el mismo septenario. En la primera á las cuatro rezando la Corona, seguirá el sermon, septenario y letrillas. En la segunda al toque de oraciones se rezará el santo rosario, seguirá el sermon que predicará D. Andrés Oliver, teniente cura de la Colegial, ejercicio, terminando con los Dolores y Llagas.